

La Escuela de Fráncfort y los lenguajes

En homenaje al profesor Manuel Jiménez Redondo

Francesc J. Hernández

Profesor jubilado de la Universitat de València

1. Introducción

Agradezco muchísimo la posibilidad de participar en este acto en recuerdo del profesor Manuel Jiménez Redondo, quien como buen docente y traductor, fue un auténtico orfebre del lenguaje, lo que me sugirió el tema. Los que como yo, siguiendo su estela, nos hemos lanzado con menos capacidad a traducir textos de Hegel o de la Escuela de Fráncfort, no podemos más que agradecer su magisterio. Si me lo permiten, afirmaré que hay muchos profesores, pero pocos maestros. Los profesores lo son por lo que nos dicen, por aquello que *profesan* ante nosotros; los maestros lo son por lo que *no nos dicen*. Explicaré esto. En el Museo del Cine de Berlín, una ciudad muy apreciada por Manuel Jiménez, se exhibe un cuadro con una pregunta del director de cine Billy Wilder, la cuestión que el cineasta se repetía cuando tenía que planificar una secuencia o una toma difícil y que se refería a su maestro, el también director de cine Ernst Lubitsch. La frase es: *How would Lubitsch do it?* ¿Como lo haría Lubitsch? Efectivamente, los maestros lo son porque nos estimulan a preguntarnos, aunque no estén presentes: *¿Cómo lo haría él?*, ya sea una filmación, una traducción o una comunicación como esta. He hablado de que fue un orfebre del *lenguaje*, pero en el título adelanto que hablaré de los *lenguajes* y este plural es –a mi modo de ver– un asunto fundamental para la Escuela de Fráncfort, a la que tantos esfuerzos dedicó Manuel Jiménez.

2. El problema del lenguaje en la primera generación de la Escuela de Fráncfort

Podemos empezar con el ejemplo de T. W. Adorno, un autor emblemático de la denominada primera generación de la Escuela de Fráncfort. Para Adorno, el sufrimiento es un lenguaje como afirmó en la *Dialéctica negativa*; naturalmente un lenguaje no verbal y no privado. Y en esta índole no privada creo que Adorno siguió más al segundo L. Wittgenstein de lo que reconoció o citó, lo que se aprecia mejor incluso en sus *Lecciones sobre dialéctica negativa*.¹ Un lenguaje, el del sufrimiento, que puede ser aludido por otros lenguajes no verbales, como los artísticos o, más concretamente en su caso, el musical. El problema *filosófico* es, pues, cómo poder *decir* de *aquel* lenguaje, el del sufrimiento, desde *otro* lenguaje, el argumentativo de la filosofía o el de la ciencia. Y esto resulta problemático porque este lenguaje argumentativo, y el *logos* humano en general, tiene índole proposicional. En la forma clásica de la proposición, *S es P*, se opera una subsunción del sujeto en el predicado, una «objetivación» que se repite aumentada en el silogismo y que acaba configurando la dinámica inexorable de la razón instrumental. Pero además, la silogística se subsume en una estructura lógica superior, que ya no se basa en relaciones de predicación, sino en relaciones de implicación ($p \rightarrow q$). Se puede ejemplificar en el tránsito entre los juegos de Lewis Carroll y los *Principia* de Whitehead y Russell, donde el sujeto ya ha desaparecido.²

Aunque es probable que el auditorio ya sepa de la crítica de la razón instrumental, aduciré un ejemplo. Corren ríos de tinta sobre la inmigración, un asunto que cada vez menos es un parteaguas entre derecha e izquierda políticas. Advuértase que no usamos un participio pasado «inmigrado» o no decimos «tal persona ha migrado», usando un pretérito perfecto que indica una acción concluida, sino que empleamos un participio presente «inmigrante». Ese participio presente indica que esa condición se convierte una y otra vez en actual, se perpetúa hasta el punto de integrarse casi en el código genético del individuo, con independencia de dónde haya nacido: así hablamos de inmigrantes de primera generación, de segunda, de tercera... Pues bien, para M. Horkheimer y Adorno, esta

¹ Además de la edición en Suhrkamp, cf. también mi transcripción: T. W. Adorno: «Manuscritos de las Lecciones sobre dialéctica negativa», *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 2019, núm. 10, pp. 330-377 [Disponible en: <https://constelaciones-rtc.net/article/view/3131>]. En las notas de este texto, que no tienen ánimo de exhaustividad bibliográfica, citaré generalmente textos en los que he participado y que amplían el hilo argumental.

² Agradezco la culminación del argumento al profesor Xavier García-Raffi.

característica del lenguaje de privar a los sujetos de su condición, cuando son subsumidos en predicados objetivadores —o mejor: *objetivantes*—, es algo esencial al logos, a una razón *instrumentalizante*, que en definitiva desencadena la barbarie, cuya forma paradigmática es aludida por el epónimo Auschwitz.

He publicado una traducción de *Los profetas del engaño* de L. Löwenthal y N. Guterman³ y ahora preparo *Ensayo para la destrucción* de P. W. Massing, dos tomos de la serie de *Estudios sobre el prejuicio* que emprendió la Escuela de Fráncfort en su exilio estadounidense. Estos *Estudios* se pueden leer precisamente como una respuesta a la pregunta: ¿cómo opera el lenguaje como núcleo de la razón instrumental para desencadenar la barbarie? ¿cómo se incuba el huevo de la serpiente?

3. El problema del lenguaje en las generaciones posteriores

También supondré que el auditorio conoce cómo J. Habermas pretende escapar de esta aporía, la del lenguaje proposicional y argumentativo, postulando una razón comunicativa que pueda contrapesar la razón instrumental. El lenguaje posibilita también la resolución de conflictos mediante la apelación a pretensiones de validez; es decir, se pueden invocar dialógicamente principios últimos de la argumentación de índole estética, ética o científica (los ideales clásicos de lo bello, lo bueno o lo verdadero), lo que remite a un horizonte de entendimiento posible que puede servir de principio normativo inmanente para la crítica social. Como más adelante volveré extensamente sobre las pretensiones de validez, ahora solo haré breves anotaciones sobre tres elementos de lo dicho. El calificativo de «inmanente», la noción de «horizonte de entendimiento» y comentaré de pasada una cierta ambigüedad de la noción de «pretensiones de validez».

En un par de libros recientes de los profesores J. M. Romero y B. Herzog se explica con detalle el concepto de «crítica inmanente», tal vez porque sus autores estén alarmados por la cantidad de «socialismo utópico» que se presenta como crítica inmanente o simplemente como crítica. Albergó dudas de que la noción de «crítica inmanente» se

³ Buenos Aires, Las Cuarenta, 2024.

refiera a *un* único conjunto de procedimientos, porque hay una crítica inmanente ligada, más o menos explícitamente, a un horizonte de entendimiento posible, que desde Habermas se remonta a Kant y de este al Sócrates platónico, pasando por el cándido opúsculo de L. Vives *Somnium et Vigilia* (1520). Y otra que se vincula con un «horizonte de hundimiento». Tal vez a alguno de ustedes les venga al recuerdo el comentario de W. Benjamin del dibujo del ángel aterrorizado de Paul Klee, pero no voy a seguir este camino porque ese elemento, sin duda relevante, creo que no es aducido en las determinaciones metódicas de Benjamin, que en la *Obra de los Pasajes* van por otro lado.⁴ Se podría pensar en Adorno, porque su *Dialéctica negativa* sí que se refiere al hundimiento, pero tengo dudas de que de esta aporía se pueda escapar con una revisión de la dialéctica del sujeto y el objeto, como la que emprendió en sus últimos textos.⁵ Científicamente más aprovechable me parece el ejemplo de Marx.⁶ En este caso se trata de una crítica inmanente que no puede desacoplar su núcleo, la crítica de la heteronomía del tiempo social, de ese horizonte de hundimiento que son las crisis económicas. He defendido que esta línea se puede ampliar a partir de una heteronomía del espacio social (extensiva e intensiva), que conecta con la sociología del riesgo, pero esto ya se escapa del hilo argumental de hoy.⁷

La cuestión en el seno de la Escuela de Fráncfort, sin embargo, no avanzó por el horizonte de hundimiento, sino –como supongo que sabe el auditorio– por la crítica a la posibilidad del horizonte de entendimiento a partir de la genealogía del poder de M. Foucault y la violencia simbólica de P. Bourdieu, es decir, por una cierta recuperación, tal vez parcial, del lenguaje del sufrimiento adorniano. El desprecio genera un hueco psicológico que implica un sufrimiento que la víctima no puede aducir en una situación ideal de habla porque el lenguaje está transido por el poder. Sin embargo, como ha defendido A. Honneth, sí que podemos identificar la pugna de la persona que padece el desprecio por ser reconocida (según patrones que se pueden establecer con los escritos de G. W. F. Hegel sobre filosofía del derecho). Es decir, el lenguaje del sufrimiento no es privado porque,

⁴ Cf. «Sobre cuatro determinaciones de su método en La Obra de los Pasajes de Walter Benjamin», *Thémata. Revista de Filosofía*, núm. 71, julio de 2025, pp. 30-53, [doi:10.12795/themata.2025.i71.02](https://doi.org/10.12795/themata.2025.i71.02).

⁵ Cf. «Comentario de “Sobre sujeto y objeto” de Theodor W. Adorno» (redac. Seminario de Teoría Crítica UV, 13/11/2018). Working paper [Disponible en: <https://hdl.handle.net/10550/99496>]

⁶ Explícitamente en 1857. Cf. también Karl Marx: *Las causas de la crisis económica (Del manuscrito inédito de 1861-1863)*, Madrid, Fundación Primero de Mayo, 2018 [Disponible en: <http://hdl.handle.net/10550/66210>]

⁷ Cf. «El legado de Marx», *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, 2018, núm. 55, pp. 75-86 [Disponible en: <https://hdl.handle.net/10550/70360>]

en definitiva, todos los lenguajes tienen como lecho rocoso la comunidad. Entonces podemos hacer una fenomenología de las luchas por el reconocimiento o un estudio de los lenguajes no proposicionales en los que se presentan.⁸ Incluso podemos plantear las relaciones entre las luchas por el reconocimiento y las de la distribución, a saber, si estamos ante un paradigma bidimensional de la justicia, a la manera de N. Fraser, o si el reconocimiento se consolida históricamente, y en definitiva alienta la idea de socialismo, como defiende Honneth. Pero las mayores dificultades filosóficas son –a mi modo de ver– otras dos. En primer lugar, la indeterminación del «poder» o de la «violencia simbólica» –de la violencia física, desgraciadamente, la determinación es fácil–, nociones que parecen flotar nebulosamente sobre la distinción sociológica entre heteronomía (Marx), coacción (Durkheim) y dominio (Weber), hasta constituir aquella noche en la que todos los gatos son pardos que Eva Illouz ha denominado *poderismo* (véase su reciente escrito sobre el 7 de Octubre).⁹ Con el lastre del poderismo, Honneth no puede distinguir el reconocimiento *auténtico* del *ideológico* (piénsese, por ejemplo, en los «likes» conseguidos en webs donde personas emiten en directo las humillaciones a las que son sometidas). O más precisamente –y este argumento lo escuché del recordado Manuel Jiménez–, para establecer aquella distinción entre *auténtico* e *ideológico* se debe recurrir al habermasiano horizonte de entendimiento (y tal vez dejar de lado las prevenciones adornianas ante la *jerga de la autenticidad*). En cierto sentido y en el peor de los casos, Honneth recordaría lo mismo que Nietzsche decía de Kant: es como una zorra que lima con sumo esfuerzo los barrotes de su jaula para salir y regresar a su interior.

En tercer lugar, sobre la misma noción de pretensión de validez, me parece que alberga una cierta ambigüedad. Por una parte, es una pretensión de un sujeto individual pero que, en cierto modo, apela a un sujeto colectivo o transcendental, entendido como un cierto mecanismo *general* de aceptación posible. Pero –como he dicho– es una pretensión particular, algo que se supone en el individuo que debate sobre un asunto. En ese sentido, esa *pretensión* es una tensión individual (como lo es la pugna por el reconocimiento), donde inadvertidamente ya está inscrito lo general y lo lingüístico, como sugiere el término alemán *ansprüche* (pretensión) relacionado con *sprechen* (hablar).

⁸ Cf. *Estética del reconocimiento: Fragmentos de una crítica social de las artes*, València, Publicacions de la Universitat de València, 2015.

⁹ Eva Illouz: *El 8 de octubre. Genealogía de un odio virtuoso* trad. en: <https://www.uv.es/teoria-critica-tcr/es/noticias/traduccion-eva-illouz-8-octubre-genealogia-odio-virtuoso-1286304801627/Novetat.html?id=1286404691741>

4. Escritura y pretensiones de validez

Hasta aquí he hecho un breve comentario, tan conciso como imperfecto o incompleto, del lenguaje en la primera generación de la Escuela de Fráncfort. Vamos a entrar en harina, o mejor en ese molino harinero que va desde la *Teoría de la acción comunicativa* de Habermas hasta su reciente *Una Historia de la Filosofía*. Un primer apunte se deduce de lo anterior: si Habermas hubiera seguido la línea de *Problemas de legitimación del capitalismo tardío*, inmediatamente anterior a los escritos preparatorios de la *Teoría de la Acción Comunicativa* –también traducidos por Manuel Jiménez–, tal vez hubiera orientado su crítica inmanente en el «horizonte de hundimiento» y hoy estaríamos hablando de otra cosa. Pero dejemos esta posibilidad de lado y centrémonos en lo defendido por Habermas.

A fin de proseguir con el argumento, me disculparán que introduzca ahora ahora tres breves apuntes autobiográficos. El primero es que Habermas nació el mismo año que mi padre, y tal vez por algún mecanismo psicológico no consciente, he leído los libros de esta figura –para mí un poco paterna– sin la pretensión de enjuiciarlos de manera definitiva. El segundo apunte es que, por diversas razones, revisé la traducción de Manuel Jiménez de la *Teoría de la acción comunicativa*, para actualizar el aparato de notas, y también la de Josep Monter del primer tomo de *Una Historia de la Filosofía*, antes de que ambas obras fueran impresas por la editorial Trotta. Por ello, y por la razón anterior, soy más de sumergirme en el texto habermasiano que de sobrevolarlo, y desde esta orientación debe entenderse lo que diré a continuación. En tercer lugar, en mi faceta como profesor de sociología, me he dedicado bastante a dos sociologías aplicadas: la de la educación y la sociolingüística, que aportan decididamente –sobre todo ésta– el cuestionamiento de la *unidad* del lenguaje.

La sociolingüística es una disciplina híbrida que ha fracasado en servir de puente para las dos culturas (que dijo C. P. Snow), lo que le ha impedido desarrollar una necesaria modelización y se mantiene con aparatos conceptuales cuestionables. Sin embargo, ha podido avanzar bastante en la distinción de las competencias orales y escritas, su medida y el establecimiento de correlaciones. El lenguaje oral, el lenguaje propiamente dicho –¡valga la redundancia!–, no es exclusivo de los seres humanos. Cada vez se descubren más especies animales que se comunican mediante lenguajes, ya sea de índole física o

química. Muy recientemente, en septiembre de este año, la revista *Nature* informó de cómo el uso de la Inteligencia Artificial ha permitido multiplicar la decodificación de los sistemas vocálicos de primates, ballenas o pájaros.¹⁰ Y por si esto fuera poco, en octubre se publicó otro artículo en la misma revista en el que el botánico chino Li-Jia Qu declaraba que «el muro celular de las plantas es uno de los más sofisticados sistemas en términos de comunicación (*sic*)».¹¹ Parece que Benedetti se quedó corto con la comunicación en su poema «De árbol a árbol»: *hablan* todas las plantas.

Pues bien, el mal llamado lenguaje escrito, la capacidad de grafiar y de escribir —que no es lo mismo—, no es una mera transcripción del lenguaje oral, porque de entrada incorpora una dilación entre la emisión y la recepción, que se convierte en distancia en la aprehensión. Tal vez un cierto distanciamiento ya se produzca en el metalenguaje del lenguaje oral, una posibilidad que, hasta ahora —que sepamos—, no es practicada por otras especies. Dicho de otro modo: la escritura, como ya indicó J. Derrida, no es una representación secundaria del lenguaje oral, sino una parte integral de la construcción de significado, que permite una distancia que tal vez exista en el metalenguaje (oral), pero que incluso permite resolver eventuales confusiones de este metalenguaje, mediante una fijación del texto. Al límite de tal fijación encontramos el recurso a numerar los pasajes para evitar que el mensaje varíe con el tiempo, tal como proceden las religiones del libro con sus versículos y sus aleyas. Aún a riesgo de grafocentrismo, se puede defender que es la escritura la que permite superar la inmediatez de la oralidad, las barreras del espacio y del tiempo, como ya señalaron los clásicos. Como escribió Juan Luis Vives «*Voces sunt animorum signa inter praesentes, litterae inter absentes*» (las palabras son señales del espíritu entre los presentes; la escritura, entre los ausentes). Y más palmariamente el poeta latino Silio Itálico (siglo I) nos legó la sentencia «*verba volant, scripta manent*» (las palabras vuelan, los escritos permanecen). De este modo, con las tecnologías de la retención, se constituye el propio ser humano, un ser, como decía Bernard Stiegler, técnico-protésico.

Pues bien, avanzaré la tesis: si Habermas hubiera distinguido entre lenguaje (oral) y escritura, hubiera podido encontrar una explicación de la autonomización de pretensiones

¹⁰ Cf. Rachel Fieldhouse: «AI is helping to decode animals' speech. Will it also let us talk with them? The complexity of vocal communication in some primates, whales and birds might approach that of human language», *Nature*, News Feature, 17/09/2025.

¹¹ Cf. Amber Dance: «Plants have a secret language that scientist are only now starting to decipher», *Nature*, News Feature, 28/10/2025.

de validez en aquel distanciamiento. Vayamos por partes. En la *Teoría de la acción comunicativa*, Habermas comenta la clasificación de las funciones lingüísticas de K. Bühler y la teoría de los actos de habla de Austin, entre las que se pueden establecer vínculos, que apuntan incluso a las distintas pretensiones de validez, que podemos representar en los ideales clásicos. Esquemáticamente:

<i>Funciones lingüísticas</i>	Representativa	Expresiva	Apelativa
<i>Actos de habla</i>	Locucionario	Ilocucionario	Perlocucionario
<i>Pretensión de validez (ideal clásico)</i>	Veritativa o científica (Verdad)	Estética (Belleza)	Ética (Virtud)

En *Una Historia de la Filosofía* considera la autonomización de las pretensiones de validez que se fraguaría en la Era Axial (ese fabuloso período de florecimiento de la sabiduría del ser en Occidente y en Oriente, según la conocida expresión de K. Jaspers), y la sucesiva universalización de los ideales comunicativos a lo largo de la historia de la filosofía. Pero si consideramos precisamente la Era Axial, lo que acreditaron las filosofías clásicas fue precisamente que aquellas pretensiones de validez *ya* se habían autonomizado: la pretensión estética estaba autonomizada en el pitagorismo, la ética en el platonismo y la veritativa o científica en el aristotelismo.

Cerremos el círculo: si estas filosofías acreditan la autonomización de las pretensiones de validez, que a su vez aparecen vinculadas con funciones lingüísticas o actos de habla, el dilema parece claro: o funciones y actos no tienen más historia que la del lenguaje en general o es precisamente la distinción de lenguajes, del oral y la escritura, o mejor la emergencia de esta, la que produjo tal autonomización. Repito que Habermas tiene delante las premisas para extraer esta conclusión –no estoy aportando nada al tablero– e, incluso, la posibilidad de entender así el proceso weberiano de racionalización, pero no la extrae tal vez porque se mantiene centrado en la oralidad, ya sea porque asume esa relevancia de la filosofía del lenguaje anterior (el clásico ejemplo de los filósofos que hablan sobre si plácido gato está sobre la alfombra, un felino que los físicos cuánticos se aprestarían a introducir en una caja letal con isótopos radioactivos) o porque sigue en el fonocentrismo filosófico occidental que ya criticó –como se ha citado– Derrida. La clave –repito– se encuentra en entender que la escritura aporta una distancia que es la que permite volver sobre si lo escrito satisface la voluntad expresiva del emisor, la apelativa al receptor o la representativa del mensaje; o, dicho de otro modo, a partir de ese

distanciamiento podemos preguntarnos si se cumple lo locucionario, y si este puede establecer vínculos con lo ilocucionario y lo perlocucionario.

Pondré un ejemplo sobre lo que *hace* la escritura. En la isla de Ortigia, muy cerca del puente que la une a la ciudad de Siracusa, en la Sicilia Oriental, se conservan las ruinas de un templo de planta rectangular y estilo dórico, dedicado a Apolo. En el zócalo de la parte posterior del templo que se orienta a levante hay una larga inscripción grabada en la piedra: «Construido por Cleómenes de Cnido. Las columnas también. Bellas obras».



En su obra *A contraluz. Viaje a Italia*,¹² el historiador alemán Joachim Fest se pregunta por qué le sorprende esta inscripción y si ello es porque en medio de la aparente impersonalidad del estilo dórico surja la obra de un constructor, que diseñó un edificio como un santuario y como una obra de arte. Mi respuesta es que lo sorprendente de la inscripción es que *al mismo tiempo* que se dedica un templo a un dios, se le hurta el fuego a la divinidad, porque ha comenzado a erigirse, de manera autónoma, una pretensión absoluta: la belleza. No hay duda de que en el trasfondo está la presencia de pitagóricos que llegaron a la isla en el mismo siglo VI a.C. que se construyó el templo, y para los que el saber de la belleza, es decir (antes de las vanguardias) de proporción o de la armonía

¹² En la trad. cast. Barcelona, Círculo de lectores, p. 37.

ya puede responder solo a elaboraciones racionales, de la *mens* o la *ratio*, términos que se refieren precisamente a la proporción.

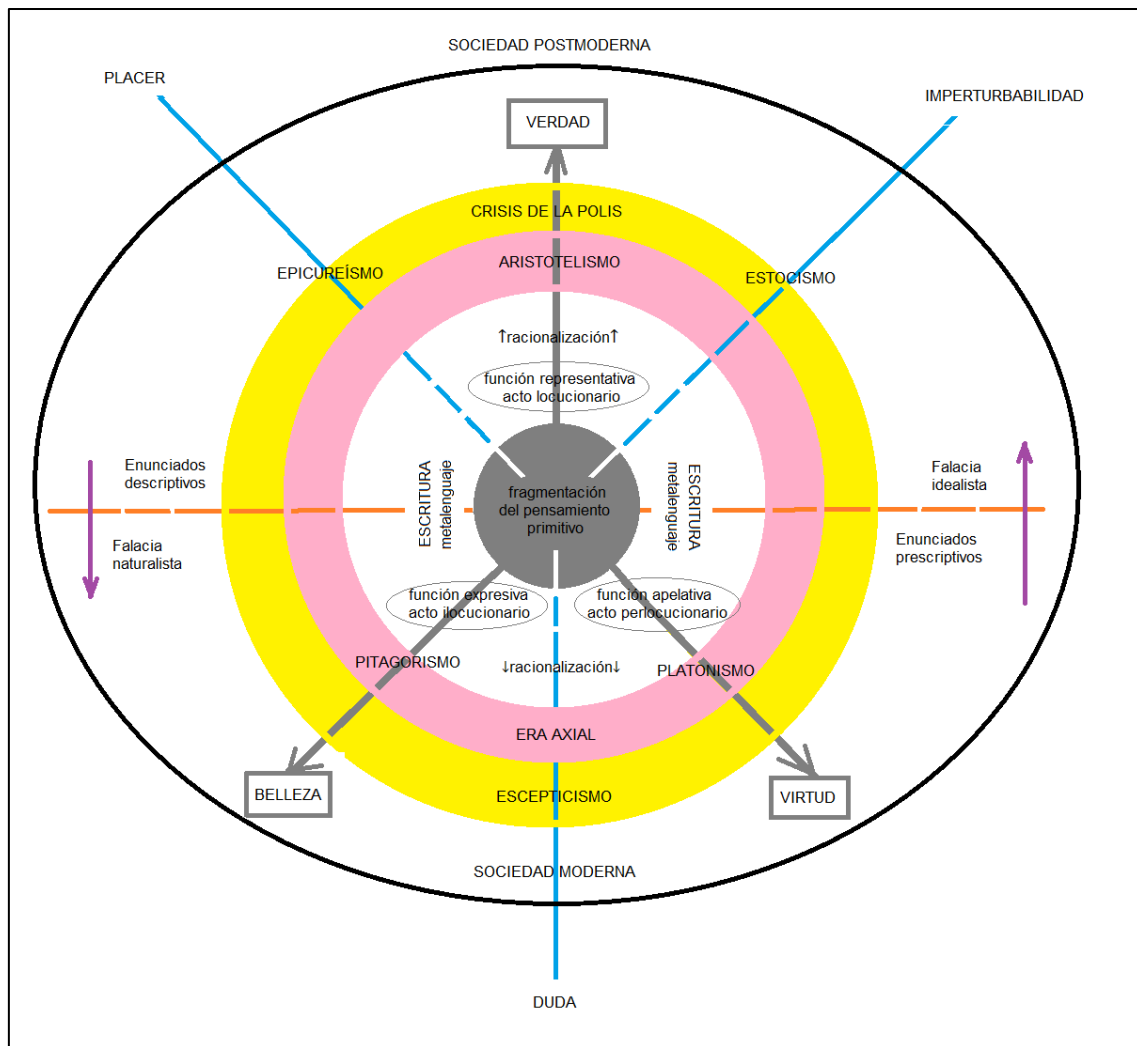
5. La veleta del pensamiento

Pero incluso se puede entender el weberiano proceso de racionalización precisamente como la sucesiva elaboración de escrituras cada vez más sofisticadas. En el primer caso, la autonomización de la pretensión estética, piénsese en la evolución de las partituras musicales y los registros de temas de los géneros musicales. No hace ni tres siglos que todavía Rousseau proponía una nueva notación musical y ahora un *buscador* puede identificar prácticamente cualquier pieza con los primeros compases. En el segundo caso, el de la autonomización de la pretensión ética, es suficiente con recordar la compilación legislativa y jurídica, desde Hammurabi, Justiniano o Alfonso el Sabio hasta el Aranzadi. A muchos colegas presentes no les resulta ajena la editorial Tirant lo Blanch, que ha dado pasos ejemplares en esta dirección de digitalización del archivo jurídico. Por todo ello, Weber fundamenta su tesis de la racionalización en los estudios sobre música, propiedad agrícola o funcionariado oriental y mandarines, lo que tiene en común precisamente la relación con escrituras sofisticadas. No es nada sorprendente, porque precisamente la escritura es el soporte de legitimación del dominio, ya sea tradicional, carismático o democrático, desde las *sagas* y las *gestas* hasta la humilde marca en una papeleta de voto. Recuérdese que la ley es vigente cuando está publicada, es decir, cuando está escrita en el lugar adecuado. Y no de otra cosa, de la historia de escrituras y archivos, nutrió Foucault su genealogía del poder, aunque luego este poder, como decía Illouz, acabara desdibujado como el personaje de la película *Zelig*. En tercer y último lugar, la autonomización del ideal de verdad se efectúa, por ejemplo, mediante la construcción del sistema de revistas científicas que alberga la ciencia. La ciencia no existe en los manuales, ni en los congresos; habita en las revistas científicas, y la evaluación ciega y la crítica es el núcleo de su posibilidad.

Si la distancia que puede aparecer en el metalenguaje, pero que de seguro se presenta en la escritura, es lo que anima la autonomización, tenemos que deducir *a contrariis* que allí

donde no ha aparecido tal distancia, el pensamiento mantiene fusionadas o entremezcladas las pretensiones de validez. Y precisamente esto es lo que la antropología cultural denominó en sus años dorados con calificativos que ahora no parecen muy adecuados como pensamiento «salvaje» o «primitivo»: esa esfera de las comunidades sin escritura donde se confunden lo estético, de lo ético y de lo científico-veritativo. O mejor dicho: donde nosotros, desde nuestras escisiones, detectamos la con-fusión. Adviértase, como remate, que escindidas las pretensiones, la lógica ha considerado como falaz el tránsito de enunciados descriptivos a prescriptivos o valorativos («falacia naturalista»), ya sean estos éticos (como ya criticó D. Hume) o estéticos (como lo hizo G. Moore), y al revés, también resulta falaz el tránsito de enunciados prescriptivos a descriptivos (lo que a veces se denomina «falacia idealista»), porque el divorcio de los dos ámbitos está consumado.

Pero todavía hay un argumento de historia de la filosofía para acabar de pintar el cuadro. No puede extrañar que, cuando la polis entró en crisis, surgieran tres corrientes filosóficas (dejando de lado el eclecticismo) que son el movimiento pendular de aquellas otras relacionadas con las pretensiones de validez. El estoicismo no es más que buscar en el interior la armonía que el pitagorismo se afanaba por descubrir en el exterior. El epicureísmo es precisamente el monismo del placer y su logro presente frente al dualismo platónico y el aplazamiento del disfrute, que interiorizó el cristianismo. El escepticismo, claro está, es la reiteración insaciable de la duda, más allá de la función metódica que se «armó» con el aristotelismo y el cartesianismo. Presentadas así, estas seis orientaciones componen una veleta definitiva para el pensamiento. No hay teoría filosófica que no se encuentre perfectamente orientada en esta veleta hexadireccional (el pitagorismo, el platonismo, el aristotelismo, el estoicismo, el epicureísmo y el escepticismo, dejando de lado el eclecticismo). No se quiere decir que, por ejemplo, el aristotelismo no cultivara la pretensión ética —¡claro está que lo hizo!—, sino que en las obras del Estagirita (sobre todo el *Organon* y al principio de la *Metafísica*) está autonomizada ya la pretensión científico-veritativa. Por ello, la historia de la filosofía tiene tanto de repetitivo. En el diagrama siguiente se intenta resumir todo esto.



Vuelvo a insistir en que todos los elementos están en los dos voluminosos libros de Habermas, pero me parece que no acaba de extraer la conclusión de que no es el lenguaje en general el que posibilita la autonomización de las pretensiones de validez, sino el hecho de tomar distancia, lo que puede acaecer en el metalenguaje pero de seguro que ya sucede en la escritura. Por ello se entiende que A. Tarski hablara de la verdad como una función metalingüística (postular la verdad de p es metalenguaje porque equivale a afirmar que « p es verdadero»). Pero no solo lo es esa, sino también las otras pretensiones de validez, que además se establecen cuando aparecen escritas en sociedades ampliadas. Como ya defendió Walter J. Ong, el *Organon* aristotélico solo puede originarse del dispositivo de la escritura. Ciertamente, las formas del silogismo no son más que modalidades de

inclusión de conjuntos, lo que reproduce aquel mecanismo de subsunción del lenguaje, fijado por el grafo o el diagrama de Venn.

Lo que sucedió en la Era Axial fue precisamente que se recogieron los frutos de la difusión del lenguaje escrito alfabético, es decir de la difusión de ideogramas, primero, y de fonogramas después, o más exactamente del tránsito que se produjo cuando los escribas sumerios empezaron a usar el signo de la *flecha* cuyo sonido se puede transliterar como *ti* para referirse a la *vida*, que se pronunciaría de manera análoga. Esta nueva escritura permitió la abstracción (porque los grafos ya no representan cosas, sino palabras) y el distanciamiento que ya indicaron Eric A. Havelock o el mencionado Ong.

Los frutos filosóficos corrieron parejos con configuraciones sociales más numerosas y de estructuras políticas más potentes: o mejor dicho que se hicieron numerosas y potentes porque disponían del magnífico dispositivo de la escritura. ¿Cómo no ver una relación entre unas cosas y otras? Son los sistemas numéricos y alfabéticos los que posibilitan transacciones comerciales más extensas,¹³ rituales de consolidación social o el establecimiento (mejor: la vigencia) de normativas (¿nos extraña que algunos filósofos griegos se dedicaran a compilar constituciones?), además de otras funciones como la redacción de textos sagrados o los escritos de legitimación de los poderosos (en definitiva, la resolución del problema hobbesiano). Hay que recordar la primera acotación que Engels hizo al *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx. En la frase inicial, la celeberrima donde se afirma que la historia es la historia de la lucha de clases, allí donde Marx escribió «la historia», Engels anotó «la historia escrita». Exactamente eso, la historia que se modificó por la escritura.¹⁴

¹³ Hasta el punto de que el cálculo con base 60, con el que medimos todavía el tiempo, parece ser que se debió a la confluencia de mercaderes que usaban la base 5 y con otros que empleaban la base 6 o 12. Mi intervención en este foro está acotada temporalmente, siguiendo límites establecidos con la pauta sexagesimal que alumbró el pueblo sumerio.

¹⁴ Como hipótesis razonable, no sancionada académicamente, creo que en el plomo ibérico célebre (porque adorna una conocida etiqueta de vino de la zona) de la Bastida de Moixent hay una exhortación o plegaria sobre los males y en el anverso una prescripción sobre enterramientos; en el de la Serreta de Alcoi, la nómina de ofrendas; en los trozos de cerámica de Lliria, máximas sobre la riqueza y en fragmentos encontrados en Yátova algún tipo de transacciones comerciales. Si así fuera, esta tipología textual de inscripciones ya estaría en el camino de la autonomización de las pretensiones de validez.

6. *Scripta volant*

El diagrama anterior me permite avanzar bastante porque también me posibilita explicar cómo, en el tránsito de la sociedad moderna a la postmoderna, las escrituras que auspiciaron la autonomización de las pretensiones de validez se independizaron, ellas mismas, de estas pretensiones de validez. Incluso podríamos suponer que lo hicieron en el mismo orden en que aparecieron autonomizadas en la Antigüedad. Primero fue la independencia de la escritura artística de la pretensión de belleza. No otra cosa son las *vanguardias* (pictóricas, escultóricas, literarias, musicales, etc.). Y este mismo proceso de autonomización apareció en lo ético, expresado en un sinfín de teorías de la sociedad postmaterialista y otras etiquetas similares (mi preferida es la «sociedad del paripé», porque una vez que todo se ha mostrado en la sociedad de la transparencia, solo queda mantener el tipo o disimular inútilmente la impostura).¹⁵ Respecto a la pretensión de verdad, supongo que el auditorio ya estará pensando en lo que se designa ahora como postverdad; y los colegas, en la muerte anunciada del sistema de revistas científicas.

Por ello, en la situación crítica del horizonte de hundimiento queda poco más que las consignas de los movimientos pendulares de la crisis de la polis: *impasibilidad*, *placer* y *duda*. Hay que añadir que la impassibilidad también se refiere aquí a fenómenos tan distintos como la escapada de los megarricos o el incremento de las creencias dogmáticas; que el placer explica la extensión del turismo, la gastronomía o el narcotráfico¹⁶; y que la duda anima las pseudociencias o el terraplanismo. Y ese horno se alimenta ahora con las paletadas de la metamorfosis de la escritura misma.

Me gustaría recordar ahora al Manuel Jiménez traductor escrupuloso e infatigable, una persona dispuesta a preguntarse una y otra vez si su traslación de un fragmento discursivo expresa la misma verdad, representa la misma belleza o apela al mismo bien. Para muestra, un botón: su traslación de *bei sich* por *cabe sí*. ¡Orfebrería pura! Pero de fondo la cuestión es si no estamos actualmente ante una inmensa metamorfosis de la escritura.

Antes distinguí entre grafíar y escribir. Un artesano íbero que copiaba signos fenicios en la boca de una jarra realmente no escribía, sino que grafía, porque tal vez no entendía lo escrito; asimismo es posible que sucediera esto con algún alfarero árabe que pintaba

¹⁵ Cf. «Paripé», Levante 2/4/2014.

¹⁶ Según *The Economist* de 19/7/2024, cada día 11 millones de adultos estadounidenses van «colocados».

cerámica en Manises o Paterna hace mil años; es posible que también algún monje somnoliento en el *scriptorium* de un cenobio benedictino. Lo que las últimas generaciones han conocido es algo prodigioso: primero, la mecanización del grafiado (las imprentas y, sobre todo, las máquinas de escribir, los dactilógrafos); en segundo lugar, y exponencialmente desarrollado por la digitalización, su automatización.¹⁷ Pero si quién escribe es un no-sujeto, ¿qué queda de las pretensiones de validez vinculadas a ello? No me puedo resistir a añadir el comentario que la Inteligencia Artificial, concretamente la plataforma Gemini de Google, ha hecho de este pasaje de mi texto, que le sometí a su dictamen por insana curiosidad. Ella escribe (y aquí el pronombre y el verbo son abusivos):

La escritura del no-sujeto no solo carece de pretensiones de validez, sino que es un retraso de las pretensiones de validez de otros (los programadores, las corporaciones, los algoritmos). Es decir, la IA no es un vacío de validez, sino una heteronomía delegada. En la escritura del «no-sujeto», la distancia que generaba la reflexión sobre lo escrito (si satisface la voluntad expresiva, apelativa o representativa) desaparece, porque el sujeto que podría reflexionar ha sido expulsado del circuito de la producción.

¡Qué! ¿Cómo nos quedamos después de *leer* esto?

En un texto memorable, Marx supuso que la industrialización acababa con la mitología griega:

Es posible la visión de la naturaleza y de las relaciones sociales que sirvió de base a la fantasía griega y, por eso, al arte griego con [el telar automático] selfactor y ferrocarriles y locomotores y telégrafos eléctricos? ¿Dónde quedaría Vulcano frente a Roberts et Co., Júpiter frente al pararrayos y Hermes frente al Crédit Mobilier? (*MEW*, XLII: 42)

¿Qué podemos suponer que pasará con la generación digital de escritura?

La sentencia de Silio Itálico citada al principio, «*verba volant, scripta manent*» se ha invertido en las sociedades actuales. Ahora «*scripta volant, verba manent*». Las academias de las lenguas o las instituciones semejantes se afanan para que las *verba* permanezcan, *manent*. Recuerden el «fija» del lema de la Real Academia Española, agazapado entre la limpieza y el esplendor resultante. Por no hablar del Instituto Cervantes, que no solo trata de lengua o literatura, sino que además establece el contenido del examen cultural para permisos de residencia (un dislate al cuadrado). Al mismo tiempo, *scripta volant*: los textos escritos, aunque sea *sub specie* de algunos bytes, vuelan

¹⁷ Cf. «L'«scriptorium»», *Quaderns de filologia. Estudis lingüístics*, 2011, vol. 16, pp. 217-231. Disponible en: <https://turia.uv.es/index.php/qfilologia/article/view/3941/3582>

por la Red en tal volumen y a tal velocidad que unos sustituyen a otros aceleradamente. Para que se hagan una idea, este texto ocupa 38,6 kilobytes; se calcula que por Internet circulan más de 33.000 gigabytes al segundo. Es decir: ¡una información equivalente a casi un billón de textos como este cada segundo! La consecuencia de tal ritmo vertiginoso es el cansancio, que señala Byung-Chul Han y que produce una fatiga del juicio.

Como resultado de la metamorfosis de la escritura, los lenguajes del arte, que ya fueron subvertidos en la época de las vanguardias, han quedado triturados por el advenimiento de la inteligencia artificial generativa que ha tomado posesión del último reducto artístico: la creatividad personal. Ya no tenemos la escapatoria a la música, que planteó Adorno, porque la máquina compone y puede hacer, por ejemplo, un bolero con esta comunicación, y además en pocos segundos.¹⁸ Los lenguajes que pretendían formular la pretensión moral quedan ensordecidos por una corriente ingente animada por algoritmos *solipsistantes* (disculpen la palabra). La ciencia entra en crisis por la extensión de la impostura, que encuentra todos los altavoces a su disposición. La última garantía, ese *coram populo* que suponía el congreso científico o la evaluación ciega de las revistas, se ha sustituido por el *post Babel* de la Red universal. Si la escritura alentó el proceso de racionalización weberiano, aunque abrió las puertas de la barbarie, lo que sobreviene no puede llamarse más que irracionalización. Se han cerrado las puertas de la barbarie y estamos dentro. ¿Quién se lo iba a decir al picapedrero que cinceló el zócalo del templo dórico de Apolo en Siracusa?

Muchas gracias.

28 de noviembre de 2025

¹⁸ El programa Suno (suno.com) ha compuesto este lindo bolero con el contenido de este texto: <https://go.uv.es/RbxPA3b>